

biblioteca **André  
Comte-Sponville**

**Las más bellas  
reflexiones sobre la vida**



PAIDÓS

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

**LAS MÁS BELLAS  
REFLEXIONES  
SOBRE LA VIDA**

*Traducción de Alicia Martorell Linares*

  
**PAIDÓS**  
Barcelona  
Buenos Aires  
México

# Sumario

El amor . . . . .	9
La moral. . . . .	35
El conocimiento. . . . .	63
La libertad . . . . .	95
La política . . . . .	129
La muerte. . . . .	163
<i>Para profundizar y Fuentes. . . . .</i>	191

# El amor



# Presentación

El amor es el tema más interesante. Y lo es ante todo en sí mismo, por la felicidad que promete o parece prometer, o también por la que pone en peligro o puede destruir. ¿Qué tema puede haber más agradable, más íntimo, más fuerte para hablar entre amigos? ¿Qué discurso puede haber más secreto, más dulce, más turbador entre amantes? ¿Hay algo más apasionante entre dos personas que la pasión?

Es cierto que hay más pasiones que las amorosas, más amores que los pasionales. Esto, que es indiscutible, confirma mis palabras: el amor es el tema más interesante, no solo en sí mismo —por la felicidad que promete o compromete— sino también indirectamente: porque todo interés lo presupone. ¿Le interesa especialmente el deporte? Es porque ama el deporte. ¿Le interesa el dinero? Es porque ama el dinero y lo que permite comprar. Si se interesa por la política es porque ama la política, o el poder, o la justicia, o la libertad... ¿Le interesa su trabajo? Es porque ama su trabajo, o al menos ama lo que le procura. ¿Le interesa su felicidad? Es porque se ama a sí mismo, como todo el mundo. Y es que la felicidad no es más que el amor a lo que somos, a lo que tenemos, a lo que hacemos... ¿Le interesa la filosofía? Lleva el amor inscrito en su nombre (*filosofía* en griego es el amor a la sabiduría) y en su objeto (¿qué puede haber más sabio que el amor?) ¿Le interesa el fascismo, el estalinismo, la muerte, la guerra? Es porque ama estas ideas, o quizá ama lo que se resiste a ellas: la democracia, los derechos humanos, la vida, la paz, la fraternidad, el valor... Para distintos intereses hay amores diferentes, pero no hay interés sin amor y esto me lleva de vuelta al punto de partida: el amor es el tema más interesante, los demás temas miden su interés por la carga de amor que ponemos o encontramos en ellos.

Debemos, pues, amar el amor o no amar nada. Debemos amar el amor o morir. Por esta razón, el amor, no el suicidio, es el único problema filosófico realmente serio.

Me refiero, ya lo habrán adivinado, a la frase con la que arranca Albert Camus *El mito de Sísifo*: «No hay más que un problema filosófico realmente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de ser vivida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía». Suscribo encantado la segunda de estas frases, pero es precisamente lo que me impide aceptar plenamente la primera. ¿La vida vale la pena de ser vivida? El suicidio suprime el problema en lugar de resolverlo; solo el amor, que no lo suprime (pues el problema se plantea cada mañana o cada noche), lo resuelve de forma aproximada mientras estemos vivos y nos mantiene con vida. Que la vida valga o no la pena de ser vivida, es decir, que valga o no el pesar y *el placer* que conlleva vivirla, depende ante todo de la cantidad de amor de la que somos capaces. Es lo que vio Spinoza: «Toda nuestra felicidad y toda nuestra miseria residen en un único punto: ¿a qué tipo de objeto estamos vinculados por el amor?». La felicidad es un amor afortunado, o más de uno; la infelicidad es un amor desgraciado, o la ausencia de amor. La psicosis depresiva o melancólica, dirá Freud, se caracteriza ante todo por «la pérdida de la capacidad de amar», incluyendo la de amarnos a nosotros mismos. Que nadie se sorprenda si a menudo lleva al suicidio: el amor da la vida, pues es lo que hace que la vida sea amable. El amor es lo que salva, así que a él debemos salvar.

¿Y qué amor? ¿Hacia qué objeto?

Porque el amor es múltiple, evidentemente, del mismo modo que sus objetos son innumerables. Podemos amar el dinero o el poder, ya lo he dicho, pero también a nuestros amigos y también a este hombre o mujer o de la que estamos enamorados, y también a nuestros hijos, nuestros padres, a cualquiera: alguien que está ahí, simplemente, y que llamamos prójimo.

También podemos amar a Dios, si creemos en él. Y creer en nosotros mismos, si nos amamos al menos un poco.

Que haya una sola palabra para tantos amores diferentes es fuente de confusión o incluso —en la medida en que se interpone el deseo— de ilusiones. ¿Sabemos de lo que hablamos cuando hablamos de amor? ¿No será que aprovechamos lo equívoco de la palabra para ocultar o engalanar amores equívocos (quiero decir egoístas o narcisistas), para contarnos cuentos, para hacer como si amásemos algo ajeno a nosotros

mismos, para enmascarar —más que para corregir— nuestros errores o extravíos? El amor complace a todos. Esta circunstancia, fácil de entender, nos debería empujar a la vigilancia. El amor a la verdad debe caminar junto al amor, iluminarlo, guiarlo, moderar incluso, si cabe, su entusiasmo. Que debemos amarnos a nosotros mismos cae por su propio peso: ¿cómo si no podríamos exigirnos amar al prójimo *como a nosotros mismos*? Sin embargo, que solo nos amemos *a nosotros mismos*, o que amemos para nosotros, es una experiencia al tiempo que un peligro. ¿Por qué si no nos pedirían que amásemos *también* a nuestro prójimo?

Necesitaríamos palabras diferentes para amores diferentes. Y no faltan las palabras: amistad, ternura, pasión, afecto, cariño, inclinación, simpatía, querencia, predilección, adoración, caridad, devoción, concupiscencia... Hay mucho donde elegir, lo que, efectivamente, es incómodo. Los griegos, más lúcidos que nosotros, o quizá más sintéticos, utilizaban básicamente tres palabras para designar tres amores diferentes. Son los tres nombres griegos del amor, y los más ilustrativos, en mi conocimiento, en todos los idiomas: *eros*, *filia*, *agape*. Ya he hablado largo y tendido de ello en mi *Pequeño tratado de las grandes virtudes* y en *Ni el sexo ni la muerte*, pero puedo apuntar aquí brevemente algunas pistas.

¿Qué es *eros*? Es la carencia, la pasión amorosa, el hambre devoradora del único ser que pensamos que nos puede colmar. Es el amor según Platón: «Lo que no tenemos, lo que no somos, aquello de lo que carecemos, tales son los objetos del deseo y del amor». Es el amor que toma, que quiere poseer y conservar. Te amo: te quiero. Es el amor más fácil, el más violento, el más entusiasta, el más irresistible. ¿Cómo no amar lo que nos falta? ¿Cómo amar aquello que ya tenemos? Es el secreto de la pasión (que solo perdura en la carencia, la desgracia, la frustración) y de la religión quizá (Dios es aquello de lo que carecemos de forma absoluta). ¿Cómo un tal amor, sin la fe, podría ser feliz? Debe amar lo que no tiene, y sufrir, o tener lo que ha dejado de amar (ya que solo ama lo que no tiene) y aburrirse... Sufrimiento de la pasión, tristeza de las parejas: no existe el amor (*eros*) feliz.

¿Cómo seríamos felices sin amor? ¿Y cómo, amando, lo podremos ser alguna vez? Es que Platón no tiene razón en todo, ni siempre. La carencia no es la totalidad del amor: a veces llegamos a amar lo que no nos falta —amar lo que tenemos, lo que hacemos, lo que es— y gozamos de ello felizmente, sí, gozamos y nos regocijamos. Es lo que los griegos llaman *filia*, digamos que es el amor según Aristóteles («Amar es gozar») y el secreto de la felicidad. Amamos entonces lo que no nos falta, aquello de lo que goza-



mos y nos regocija, o más bien, nuestro amor es este mismo goce. Placer del coito y de la acción (el amor que hacemos) felicidad de las parejas y de los amigos (el amor que compartimos): no existe el amor (*filia*) desgraciado.

¿Amistad? Así es como solemos traducir *filia*, lo que no deja de reducir un tanto su alcance o su contenido. Esta amistad no excluye el deseo (que entonces no es carencia sino fuerza) ni la pasión (*eros* y *filia* pueden mezclarse y se mezclan con frecuencia), ni la familia (Aristóteles da el nombre de *filia* tanto al amor entre padres e hijos como al amor entre cónyuges: de la misma forma que Montaigne hablará más tarde de *amistad marital*), ni la tan turbadora y valiosa intimidad de los amantes... No se trata, o no tan solo, de lo que Tomás de Aquino llamaba amor de concupiscencia (amar al otro por el bien propio); es el amor de benevolencia (amar al otro por el bien del otro) y el secreto de las parejas felices. Porque obviamente esta benevolencia no excluye la concupiscencia. Todo lo contrario: entre amantes se alimenta de ella y la ilumina. ¿Cómo no regocijarse del placer que damos o recibimos? ¿Cómo no querer el bien para aquel o aquella que nos lo procura?

Mi mejor amigo, o mi mejor amiga, es aquel o aquella que me conoce mejor y que más me ama, a quien conozco mejor y amo más. Así son las cosas en una pareja feliz, entre dos amantes.

Esta benevolencia jubilosa, esta alegría benévola, que los griegos llamaban *filia*, es el amor según Aristóteles, decía: amar es gozar y querer el bien para la persona amada. Pero también es el amor según Spinoza: «una alegría —leemos en la *Ética*— que acompaña la idea de una causa exterior». Amar es *gozar con*. Por eso no hay más alegría que la de amar; por eso no hay más amor, en su principio, que el jubiloso. ¿La carencia? No es la esencia del amor, es su accidente, cuando la realidad nos falla, cuando el duelo nos hiera o nos desgarrar. Pero no nos podría herir si la felicidad, aunque fuera en sueños, no estuviera presente. El deseo no es carencia; el amor no es carencia: el deseo es potencia (potencia de gozar, gozo en potencia), el amor es júbilo. Todos los amantes lo saben, cuando son felices, y todos los amigos. Te amo: ¡soy feliz porque existes!

¿*Agape*? Es también una palabra griega, pero muy tardía. Ni Platón, ni Aristóteles, ni Epicuro la utilizaron. Para ellos, *eros* y *filia* eran suficientes: solo conocían la pasión o la amistad, el sufrimiento de la carencia y la alegría de compartir. Pero un judío insignificante, mucho después de la muerte de aquellos tres, empezó un día en una lejana colonia romana, en un improbable dialecto semítico, a decir extrañas cosas: «*Dios es*



*amor... Amaos los unos a los otros... Amad a vuestros enemigos...». Estas frases, sin duda extrañas en todas las lenguas, en griego resultaban prácticamente intraducibles. ¿De qué amor se podía tratar? ¿Eros? ¿Filia? Era totalmente absurdo. ¿Cómo Dios podría carecer de algo o ser el amigo de alguien? «Es un tanto ridículo —decía ya Aristóteles— pretender ser amigo de Dios.» De hecho es difícil entender que nuestra existencia, tan miserable e irrisoria, pueda acrecentar la eterna, perfecta e infinita alegría divina... ¿Quién podría pedirnos decentemente que nos enamorásemos del prójimo (es decir, de cualquiera) o que seamos amigos, cosa absurda, de nuestros enemigos? Sin embargo, estas enseñanzas debían ser traducidas al griego, como hoy las traduciríamos al inglés, para que el mundo las comprendiera... Los primeros discípulos de Jesús, porque de él se trata precisamente, tuvieron que imponer casi un neologismo (solo se podía encontrar, no es casual, en la traducción griega de la Biblia hebrea, la *Septuaginta*) a su vez derivado de un verbo (*agapan*: amar) bastante frecuente e impreciso: el resultado es *agape*, que los romanos tradujeron por *caritas*, que a su vez dio «caridad» (sobre todo para los católicos) o «amor» (sobre todo para los protestantes)... ¿De qué se trata? Del amor al prójimo, siempre que seamos capaces de él: del amor al que ni nos falta ni nos procura el bien (de quien no estamos enamorados, ni somos amigos), al que simplemente está ahí y debemos amar a cambio de nada, o más bien por él mismo, sea quien sea, valga lo que valga, haga lo que haga, aunque sea nuestro enemigo... Es el amor según Jesucristo, el amor según Simone Weil o Vladimir Jankélévitch, y el secreto, si fuera posible, de la santidad. No debemos confundir esta amable y amante *caridad* con la limosna y la condescendencia: se trata más bien de una amistad universal, al estar liberada del *ego* (que no es el caso de la amistad simple: «porque era él, porque era yo», dirá Montaigne a propósito de su amistad con La Boétie), liberada del egoísmo, liberada de todo y, por ello, liberadora. Sería el amor a Dios, si Dios existiera. («*Ho theos agape estin*»), leemos en la primera epístola de San Juan: Dios es amor), y a lo que más se asemeja a él en nuestro corazón o nuestros sueños, si Dios no existiera.*

*Eros, filia, agape*: el amor que colma carencias o que toma; el amor que se regocija y comparte; el amor que recibe y que da... ¡No es necesario elegir entre los tres! ¿Qué es la alegría sin ausencia? ¿Qué es la entrega sin compartir? Si debemos diferenciar, al menos intelectualmente, entre estos tres amores o estos tres tipos de amor, o estos tres grados en el amor, es sobre todo para comprender que los tres son necesarios, los tres

están vinculados, para ilustrar el proceso que lleva de uno a otro. No son tres esencias que se excluyen mutuamente, son más bien tres polos en un mismo campo, que es el campo de amar, o tres momentos en un mismo proceso, que es el de vivir. *Eros* es siempre el primero, como Freud, tras Platón o Schopenhauer nos recuerda; *agape* es el objetivo (hacia el que podemos tender, al menos), que los Evangelios nos marcan constantemente; finalmente *filia* es el camino o la alegría como camino: lo que transforma la carencia en potencia, la pobreza en riqueza.

Pensemos en el niño que mama, o en la madre que le da de mamar. Ella fue antes una niña: todos empezamos tomando, que es ya una forma de amar. Luego aprendemos a dar, al menos un poco, al menos de vez en cuando, y es la única forma de ser fieles hasta el final al amor recibido, al amor humano, nunca demasiado humano, al amor tan débil, tan inquieto, tan limitado, que, sin embargo, es la representación del infinito, al amor del que hemos sido objeto, que nos convierte en sujetos, al amor inmerecido que nos abre camino, como una gracia, que nos ha engendrado, y no creado, que nos ha acunado, lavado, alimentado, protegido, consolado, al amor que nos acompaña, definitivamente, que nos falta y nos regocija, que nos trastorna, que nos ilumina... Si no existieran las madres, ¿qué sabríamos del amor? Si no existiera el amor, ¿qué sabríamos de Dios?

¿Una declaración filosófica de amor? Podría ser, por ejemplo, algo así:  
*«Existe el amor según Platón: “Te amo, te echo de menos, te quiero”.*

*Existe el amor según Aristóteles o Spinoza: “Te amo: eres la causa de mi alegría, y eso me regocija”.*

*Existe el amor según Simone Weil o Jankélévitch: “Te amo como a mí mismo, que no soy nada, o casi nada, te amo como nos ama Dios, si es que existe, te amo como cualquiera: pongo mi fuerza al servicio de tu debilidad, mi escasa fuerza al servicio de tu inmensa debilidad...”.*

*Eros, filia, agape: el amor que toma o que desea, que solo sabe gozar o sufrir, poseer o perder; el amor que se regocija y que comparte, que obra bien con el que obra bien con nosotros; el amor que acepta y protege, que entrega y se abandona, que ni siquiera tiene necesidad de ser amado, el amor sin posesión y sin fronteras...*

*Te amo de todas estas formas: te tomo ávidamente, con júbilo comparto tu vida, tu cama, tu amor, me entrego y me abandono dulcemente...*

*Gracias por ser lo que eres: gracias por existir y por ayudarme a existir».*

# *Reflexiones*

Por esto, amar es gozar.

ARISTÓTELES (ca. 384 a.C. - 322 a.C.),  
*Ética Eudemia*, VII, 2.

Por tanto, también este y cualquier otro que sienta deseo,  
desea lo que no tiene a su disposición y no está presente,  
lo que no posee, lo que él no es y de lo que está falto.

PLATÓN (ca. 427 a.C. - 347 a.C.),  
*El banquete*.

El amor, y solo el amor, es esta divina paradoja, pues  
lo que da es porque lo tiene, porque es tanto más rico  
cuanto más da.

VLADIMIR JANKÉLÉVITCH (1903-1985),  
*Las virtudes y el amor [Les Vertus et l'amour]*.

En vez de sentirnos, como antes de ser amados, inquietos por esta protuberancia injustificada, injustificable, que era nuestra existencia, en lugar de sentirnos «de más» sentimos ahora cómo esta existencia es recobrada y deseada en sus mínimos detalles por una libertad absoluta, a la que condiciona al mismo tiempo, y que nosotros mismos queremos con nuestra propia libertad. Tal es el fondo de la alegría del amor, cuando existe: sentir justificada nuestra existencia.

JEAN-PAUL SARTRE (1905-1980),  
*El ser y la nada*, 3ª parte, cap. III, § 1.

Mas conviene [...] en un cuerpo cualquiera arrojar el humor agrupado, no retenerlo con miras a un solo y único amante, y procurarse así inevitable dolor y tristeza. Pues la llaga se aviva y perdura con darle alimento, día a día la rabia se hincha y se agrava la pena, si es que no borras la herida primera con golpes recientes y no la curas aún fresca, tú errante entre amores errantes, o si no puedes desviar a otra parte los impulsos del alma.

Y no se priva del goce de Venus quien no se enamora, sino que gana ventajas que libres están de castigo; pues el deleite que sigue es sin duda más puro en el cuerdo que en el desesperado: en el mismo momento del logro, en inseguros rodeos fluctúa el ardor de los que se aman, y no se sabe de qué disfrutar con ojos y manos primero (lo que buscaron estrechan con fuerza y se causan dolor en sus cuerpos; clavan a veces los dientes en los labiecillos y entrechocan besos), por no ser puro su goce. [...] Y finalmente al gozar de la flor de la edad con los miembros bien acoplados, así que sus cuerpos presagian el gozo, y ya Venus se aplica a eso de sembrar el campo de la hembra, con avidez encastran sus cuerpos y mezclan las salivas de sus bocas y apretando dientes contra bocas se echan el aliento. Todo es en vano, y nada pueden arrancar de ese cuerpo, ni penetrar ni perderse con todo el cuerpo en el cuerpo: y es que tal cosa parece que quieren y que esa es su lucha; con tantas ansias quedan sujetos en esas trampas de Venus, hasta que, lacios por culpa del goce, se les ablandan los miembros. Cuando por fin revienta el deseo agolpado en los nervios, por poco tiempo se logra una pausa del fuego violento; vuelve luego la misma locura y aquel arrebató primero, mientras se van preguntando en qué acaba su deseo, y no consiguen hallar artilugio que venza sus males: hasta tal punto ignorantes se pudren con llaga secreta. Añade el perder ellos sus fuerzas y morir de fatiga; añade el pasar la vida a las órdenes de otro; se debilitan sus obligaciones y el buen nombre enferma que se muere; [...] se disponen convites por sus viandas y etiqueta señalados, festejos, copas incontables, perfumes, coronas, guirnaldas; en vano, porque del propio manantial de tales diversiones brota un algo amargo que entre flores incluso ahoga.

LUCRECIO (ca. 98 a.C. - 54 a.C.),  
*La naturaleza*, IV, 1065-1134.

Aquel que ama a otro a causa de su belleza, ¿lo ama acaso? No, pues la viruela, que matará la belleza sin matar a nadie, acabará con el amor.

Y si me aman por mi sabiduría, por mi memoria, ¿acaso me aman a *mí*? No, pues puedo perder estas cualidades sin perderme a mí mismo. ¿Dónde está pues este yo, si no está ni en el cuerpo ni en el alma? ¿Y cómo amar el cuerpo o el alma, si no es por estas cualidades que no son lo que constituye el yo, ya que son perecederas? ¿Amaríamos la sustancia del alma de una persona en abstracto, independientemente de las cualidades que se hallaran en ella? Tal cosa no puede ser y sería injusta. Por lo tanto, lo que amamos no es una persona, sino unas cualidades. No nos burlemos de los que buscan honores en cargos y oficios, pues solo amamos a las personas por cualidades prestadas.

BLAISE PASCAL (1623-1662),  
*Pensamientos*, fragmento 688-323.

Quien quiera conocer plenamente la vanidad del hombre solo tiene que considerar las causas y efectos del amor. La causa de ello es un «qué sé yo» (Corneille). Y los efectos son espantosos. Este «qué sé yo», tan poca cosa que es irreconocible, remueve la tierra entera, los príncipes, los ejércitos, el mundo entero.

La nariz de Cleopatra: si hubiera sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra.

BLAISE PASCAL,  
*Pensamientos*, fragmento 413-162.